

### 3. EVOLUCIÓN, CREACIÓN, MANIFESTACIÓN

Que una teoría tan vaga [la evolución darwinista], tan insuficientemente verificable, tan alejada de los criterios habitualmente aplicados a las ciencias experimentales, se haya convertido en un dogma, solo es explicable [...] por razones sociológicas. La sociedad y la ciencia han estado tan inmersas en las ideas del mecanicismo, el utilitarismo y la libre competencia económica que la selección ha reemplazado a Dios como la realidad suprema. (Ludwig von Bertalanffy)

En el año 1859 Darwin publicó *El origen de las especies*. Aunque la aparición de este libro provocó un pequeño escándalo, pronto sería aceptado de forma entusiasta por un número creciente de personas, como si el ambiente intelectual de la época hubiera estado esperando esta explicación... Karl Marx dedicó *El capital* a Darwin, consciente de que su hipótesis proporcionaba una base «científica» a su materialismo. Más tarde Freud fundamentó muchas de sus teorías sobre la prehistoria del hombre en Darwin. Más de un siglo después, Richard Dawkins escribiría: «Darwin hizo posible ser un ateo intelectualmente satisfecho».

El darwinismo se presenta a principios del siglo XXI como mucho más que una teoría: se considera «científicamente demostrado». La mayoría de los hombres de ciencia no lo ponen en duda —a pesar de que nadie se pone de acuerdo sobre el significado exacto de esta «evolución», sus causas y procederes—. A menudo se asegura que la única oposición proviene de «fundamentalistas religiosos» que aseguran, siguiendo la Biblia, que el mundo fue creado en seis días. Los que lo ponen en duda son designados como «creacionistas» o enemigos de «la ciencia».

Pero, en contra de lo que aseguran sus defensores y de la imagen que dan los medios de comunicación, el darwinismo siempre tuvo oposición no solo de círculos religiosos sino también de grandes científicos como Louis Agassiz, George Mivart, Richard Goldschmidt, Pierre Grassé, Michael Polanyi, Wolfgang Pauli, Fred Hoyle, Ludwig von Bertalanffy, Gerald Kerkut, D'Arcy Thompson y un largo etcétera. Mucha gente se sorprendería de conocer que, en el momento actual, las críticas científicas y filosóficas al darwinismo aumentan sin cesar.

Según Michael Denton:

La absoluta supremacía del mito ha creado la impresión generalizada de que la teoría de la evolución estaba absolutamente probada hace ya cien años, y que toda la investigación biológica posterior [...] ha proporcionado pruebas cada vez más concluyentes para las ideas darwinistas. Nada puede estar más lejos de la verdad.

«Evolución» es un término que ofrece muchos problemas semánticos, pues se usa de forma que cubre una amplia gama de significados. Phillip E. Johnson observa que:

«Evolución» puede significar cualquier cosa, desde la afirmación no polémica de que las bacterias «evolucionan» en el sentido de que desarrollan resistencia a los antibióticos hasta la ambiciosa afirmación metafísica de que el universo y la humanidad han «evolucionado» únicamente movidos por fuerzas mecánicas y sin

propósito. [...] El hecho de que una misma palabra —«evolución»— se utilice para designar procesos que tienen poco o nada en común provoca una gran confusión. Se llama evolución al cambio en la proporción de polillas de color oscuro o claro, y de la misma forma se denomina al proceso creativo que ha producido la célula, los organismos multicelulares, el ojo y la mente humana. El sentido que en ello está implícito es que la evolución es fundamentalmente un único proceso, y los darwinistas explotan entusiásticamente esa implicación como un sustituto de las pruebas científicas.

Desde hace mucho tiempo se sabe que se producen pequeños cambios dentro de cada especie. Los agricultores y ganaderos llevan milenios produciendo variedades con características propias: la cría selectiva de caballos, perros y otros animales domésticos mediante cruces escogidos, la creación de modalidades vegetales de mayor tamaño o más productivas, están basadas en estas pequeñas variaciones transmitidas a la descendencia y que, acumuladas, llegan a producir tipos con características muy definidas. Cada especie posee una ductibilidad que le permite muchas variaciones en su seno: pensemos en la gran variedad de razas de perros que existen o en las razas humanas. Sin embargo, en un momento dado el criador (del que se ha dicho que actúa 500 veces más rápido que la naturaleza) llega al límite de las posibilidades y no se producen más cambios. Mediante estos cruces selectivos nunca se ha podido traspasar la frontera de la especie: todo hace pensar que estas fronteras están bien protegidas.

Se han observado también, científicamente, muchos casos de pequeñas evoluciones. Así, los insectos se hacen resistentes a los pesticidas, las bacterias a los antibióticos, el HIV a las drogas antivirales, etc.

El problema surge cuando se pretende extrapolar estos pequeños cambios dentro de cada especie hasta el infinito. ¿Cómo cubrir el inmenso espacio que hay de un microbio que se hace resistente a un antibiótico hasta una célula que acaba formando una planta o un reptil que se convierte en ave? ¿Se puede explicar todo el proceso de la vida y su inmensa variedad partiendo de estas pequeñísimas evoluciones? ¿Cómo explicar el surgimiento de la fotosíntesis, el paso de las plantas a los animales, de los invertebrados a los vertebrados, la reproducción sexual, los instintos de los animales, el cambio de la sangre fría a la caliente, el nacimiento de la consciencia y el inmenso salto del animal al hombre? Según Ernst Mayr, uno de los más brillantes evolucionistas, la evolución entre especies «no es sino la extrapolación y magnificación de los acontecimientos que tienen lugar dentro de las poblaciones y especies».

Lee Spetner nos advierte: «No confundamos lo poco que realmente explica la teoría con todo lo que pretende explicar, ni con todo lo que los profanos han sido convencidos de que explica».

La prueba más «científica», directa, clara y evidente de que ha habido una evolución en la que unas especies se han transformado progresivamente en otras debería ser aportada por el registro fósil. Este conserva plantas y animales de épocas muy remotas preservados gracias a su petrificación. Constituye, pues, la única posibilidad de observación, por imperfecta que sea, de lo que ocurrió en épocas muy alejadas. Pues bien,

aunque muestra algunos fósiles de animales «intermedios», ya desaparecidos, entre especies conocidas, el registro fósil no apoya en modo alguno la hipótesis darwinista. Una abrumadora mayoría de datos sugiere una sucesión muy distinta de la que podía prever el darwinismo.

En el reino animal, lo que más llama la atención sobre las especies hoy en día es su discontinuidad. El mundo vivo consiste sobre todo en intervalos entre las especies, y estos intervalos son infranqueables incluso en la imaginación. El registro fósil indica claramente que el mundo vivo siempre ha constado de intervalos, desde la edad más remota a la más reciente. Sin embargo, los darwinistas creen que, mientras que el presente incluye esos intervalos, en el pasado había una perfecta continuidad de especies en evolución —a pesar de que esa continuidad no está registrada en las rocas— y han dedicado inmensos esfuerzos a encontrar secuencias creíbles de antepasados y descendientes fósiles. (Richard Milton)

Apenas hay unos pocos fósiles de pequeñas criaturas pluricelulares anteriores al periodo Cámbrico (600 millones de años atrás). Pero poco después (unos 10 millones de años, un corto espacio en términos geológicos), ya en el periodo Cámbrico, una inmensa profusión de formas biológicas, mucho más complejas que las anteriores, surge de pronto en varias oleadas cercanas. A esta explosión se la conoce como el «*Big bang* biológico». Estas formas vegetales y animales parecen surgir de pronto, con estructuras y formas nuevas muy elaboradas y completas, muy diferentes unas de otras, sin aparentes ancestros, sin ser el final de una secuencia llena de transiciones. Los cambios surgidos después de esta época son como variaciones a partir de estos temas básicos que, según el registro fósil, aparecieron súbita y simultáneamente.

La línea evolutiva humana es muy controvertida, y pocas teorías son universalmente aceptadas. Como admiten el genetista Richard Lewontin y muchos otros, ninguna especie de homínidos puede ser considerada nuestro antepasado directo. Aunque «de cara al exterior» los paleontólogos —y los medios de comunicación en innumerables artículos de divulgación— presenten una imagen clara y continua de todo el proceso, en una línea directa con numerosas especies intermedias, esto está lejos de la realidad.

Aparte de la imaginativa y poco verosímil reconstrucción de su aspecto y forma de vida, nada permite, pues, suponer que estos homínidos fueran antepasados directos del *Homo Sapiens*. Se ha dicho que la aparición del género *Homo* es similar a la aparición casi brusca (en términos geológicos) de órdenes como los reptiles o los mamíferos.

El evolucionismo enfatiza la continuidad de la vida, la cual es muy cierta. Pero igualmente cierta es la discontinuidad. Discontinuidad entre las especies, discontinuidad entre el hombre y los demás homínidos. Gilbert K. Chesterton observa:

Si dejas de mirar libros sobre animales y hombres y empiezas a mirar a los animales y a los hombres, [...] te darás cuenta de que lo sorprendente no es cómo se parece el hombre a los animales, sino lo diferente que es. Es la monstruosa escala de esta divergencia lo que requiere una explicación. Que el hombre y el animal se parecen es, en un sentido, un truismo; pero que, siendo esto así, sean tan disparatadamente diferentes, esa es la sorpresa y el enigma.

En respuesta a la pregunta de si el azar y la selección natural no se bastan para explicar la evolución, M. P. Schützenberger responde:

Spongamos incluso que unas mutaciones hayan hecho aparecer las plumas. Hace falta la fe (darwinista) del carbonero para creer que solamente por azar han aparecido en el linaje de las aves todas las demás modificaciones hereditarias que las convierten en unas máquinas de volar tan perfectas.

Solamente un plan previo permite ver qué cambios se conforman a un patrón viable y cuáles no. Esto obligaría a volver a usar un concepto exiliado del léxico científico: la *finalidad*.

Angus Menuge rechaza la posibilidad de una creación partiendo de unidades sencillas para construir grandes estructuras (diseño «de abajo arriba») mediante su experiencia como técnico en informática:

Según los programas [informáticos] se tornan más complejos, se vuelve virtualmente imposible que funcionen si se programan de abajo arriba, dando las instrucciones de una en una. Con tantos detalles, es sumamente probable que alguna tarea importante sea especificada de forma incompleta o en un orden equivocado. Para evitar tales errores, los programadores consideran esencial utilizar un diseño de arriba abajo [*top-down design*]. [...] De hecho, incluso con un diseño de arriba abajo, los programadores consideran necesario realizar tests a dos niveles para producir un programa que funcione correctamente. Un nivel, test de unidad, examina la función de un módulo aislado. El otro nivel, test de integración, verifica que cuando todos los módulos están ensamblados, interactúan de tal manera que resuelven el problema en conjunto. Las dos clases de test son necesarias; es un error pensar que como todas las partes del sistema funcionan, el sistema también lo hará.

Para el Dalái Lama:

¿Cómo explicamos la emergencia de la consciencia? ¿Qué marca la transición de los seres no sensibles a los sensibles? Un modelo de complejidad creciente basado en la evolución a través de la selección natural es simplemente una hipótesis descriptiva, una especie de eufemismo para «misterio», y no una explicación satisfactoria.

Todo parece indicar que gran parte del orden natural proviene «del interior», que la naturaleza, a la manera de un cristal, posee una capacidad de autoorganización. El modelo no es aquí el relojero construyendo un reloj, sino un capullo abriéndose para desplegar como flor sus posibilidades implícitas. Según Nagel, «el proceso [cósmico] parece el del universo despertándose gradualmente».

La ciencia, tal como la conciben sus ideólogos, solo puede aceptar causas naturales —haciendo de «natural» un concepto equivalente a «perceptible»— para explicar cualquier proceso: se ve entonces forzada a apoyar el darwinismo para evitar dar entrada a explicaciones no materialistas. Jean Rostand —para quien el evolucionismo es «la única interpretación racional de la génesis del hombre [...] y del mundo vivo»— presentaba este desgarró de forma muy clara:

El mundo que postula el transformismo es un mundo fabuloso, fantasmagórico, surrealista. El punto capital al que siempre se vuelve es que nunca hemos asistido, ni siquiera en una pequeña medida, a un fenómeno auténtico de evolución [...].

Tenemos la impresión de que la naturaleza actual no puede ofrecernos nada que reduzca nuestra confusión frente a las metamorfosis orgánicas presupuestas por la tesis transformista. Tanto si se trata del origen de las especies como del de la vida misma, tenemos la impresión de que las fuerzas que han constituido la naturaleza han desaparecido ahora de ella. [...] Creo firmemente, *porque no veo en qué otra cosa podría creer*, que los mamíferos derivan de los reptiles, y estos de los peces; pero al afirmar o pensar una cosa así, intento no pasar por alto en absoluto la monstruosidad de este tipo de aserción y prefiero no determinar el origen de estas irritantes metamorfosis antes que añadir a su inverosimilitud la de cualquier ridícula explicación.

Es muy significativa la pasión que se emplea para defender la teoría de la evolución y la irritación que se muestra a menudo cuando se la pone en cuestión, así como la intolerancia hacia los que no la aceptan, calificados sistemáticamente de «enemigos de la ciencia» y «creacionistas». Muchos científicos que ponen en duda la teoría son marginados y sus carreras obstaculizadas por una «Inquisición» de científicos «integristas». Ningún artículo claramente antidarwinista puede publicarse en las revistas científicas más prestigiosas. James M. Tour observa: «Mi consejo a mis alumnos es directo y significativo: si no estáis de acuerdo con la teoría darwinista, mantenedlo en secreto si valoráis vuestra carrera, salvo que, claro está, tengáis vocación de héroes...».

Si se comienza negando que los hechos naturales puedan tener cualquier causa que trascienda el plano en que estos tienen lugar, entonces, en vez de reconocer la ignorancia de la ciencia o su falta de competencia para resolver estos temas, se presenta una teoría con una posible explicación naturalista y se la defiende como evidente.

Uno de los peores efectos que ha tenido la aceptación generalizada del evolucionismo es el pandarwinismo: el intento de explicar toda la conducta humana en términos evolutivos. Cada vez se aplica este método a más campos: sociología, psicología, religión, etc. El darwinismo extremo es un sistema metafísico utilizado para intentar explicarlo todo. Difundido por numerosos artículos de divulgación, ha llegado a ser un comodín universal: por qué el hombre sueña, por qué se suicida, por qué existen el matrimonio, la violación, la homosexualidad, la risa, el altruismo, la música, la religión... Se explica todo a posteriori: si el hombre se comporta así, es porque en el curso de la evolución esto supuso una ventaja selectiva. Si se observa la conducta contraria, no hay problema: esto también puede explicarse en términos evolutivos. Como nada de esto se puede comprobar, todo vale.

Schumacher ironiza sobre el absurdo de tal modelo del universo:

Se puede ver claro, ¿no es así?: los compuestos orgánicos juntándose y rodeándose a sí mismos de membranas —nada podría ser más simple para esos astutos compuestos— y ¡zas! Aquí está la célula, y, una vez que la célula ha nacido, no hay nada que pueda impedir el surgimiento de Shakespeare, aunque evidentemente llevará un poco de tiempo. De manera que no hay necesidad de hablar de milagros *o de admitir falta de conocimiento*. Es una de las grandes paradojas de nuestra época

que gente que se atribuye el insigne título de «científico» se atreva a ofrecer esas especulaciones tan indisciplinadas e insensatas como contribuciones al conocimiento científico, y *¡que salgan bien parados!*

Según Franklin Harold:

El origen de la vida se presenta como el más profundo misterio en biología; y observamos de paso que, a pesar de todos los logros de los investigadores en bioquímica prebiótica, permanece completamente fuera de nuestra comprensión.

Muchos pensadores y científicos creen que la evolución ha sido, de alguna manera, orientada. Hablan, así, de «tendencias evolutivas» en ciertas direcciones, tendencias para crear elementos más elaborados y complejos. Una «orientación» de este tipo permitiría arrojar un poco de luz sobre la formación de órganos muy complejos como el ojo, cuya formación aleatoria parece sencillamente imposible.

Para Giuseppe Sermonti:

Cada vez está ganando más apoyo la opinión de que este algo (que hace a un caballo diferente de una mosca) no se encuentra en el corazón más profundo de la célula, sino quizá en algún vago «campo» que se revela hasta el punto de ser la forma misma de una mosca o un gato. [...] No son los genes los que causan la forma naciente, sino la forma naciente la que selecciona los genes y los recluta para su programa.

Que la forma escoja los genes que necesita, como propone Sermonti, puede resultar opuesto a la forma de pensar científica habitual. Sin embargo, como observa Schumacher, este tipo de relación es común en la vida normal:

Sostener que la vida no es sino una propiedad de ciertas combinaciones peculiares de átomos es como decir que el *Hamlet* de Shakespeare no es sino una propiedad de una combinación peculiar de letras. La verdad es que la combinación peculiar de letras no es sino una propiedad del *Hamlet* de Shakespeare. Las versiones francesa o alemana de la obra «poseen» combinaciones diferentes de letras. (E. F. Schumacher)

Según James Barham, «Dada la inmensidad de sus pretensiones filosóficas comparada con sus modestos logros científicos, la teoría de la selección natural puede algún día llegar a ser vista como un enorme error de proporciones históricas».

Según Richard Milton:

Donde uno esperaría encontrarse con preguntas incisivas hechas al neodarwinismo, solo se ve una insistencia en adherirse a la creencia de la ciencia reduccionista. Donde se podría esperar un enérgico debate público, solo hay un consenso nervioso y artificial entre los académicos y una ausencia total de diálogo en la prensa y la televisión.

Rémy Chauvin critica la ceguera de muchos científicos:

Se trata de hacer frente al problema, irritante para un materialista, de la *incontestable inteligencia* que estalla en las prodigiosas máquinas biológicas que tenemos ante los ojos. Lo que choca es la pretensión ingenua de eludir el problema atribuyendo a la selección natural todos los poderes que se atribuían no menos ingenuamente a la

Providencia.

Mae-Wan Ho y Peter Saunders añaden que

Lo más importante que hay que subrayar sobre la alternativa que se presenta es que no se trata de una nueva teoría, como querría hacer creer el neodarwinismo, sino de un paradigma. Es una forma de enfocar los problemas más que una solución.

La evolución darwinista de los seres es una versión secularizada —prescindiendo de la dimensión vertical— de la doctrina metafísica de la gradación, o la «gran cadena de los seres», una cadena que va del Uno a todos los seres, pasando por hipótesis intermedias, y que une a todos los seres entre sí y con su Origen. En Oriente esta es una idea básica de la concepción del mundo, pero Arthur O. Lovejoy expone que esta idea estaba también muy presente en la antigua sabiduría occidental:

Alberto Magno había ya escrito en su *De animalibus* (Lib. II) que «la naturaleza no hace clases [de animales] separadas sin hacer algo intermedio entre ellas; porque la naturaleza no pasa de extremo a extremo *nisi per medium*». Tomás de Aquino hace igualmente hincapié sobre el «maravilloso encadenamiento entre los seres (*connexio rerum*)» que la naturaleza «nos revela a la vista. El miembro más bajo del género superior se encuentra siempre muy próximo al miembro más alto del género inferior».